

El mundo salvaje de Ludwig Zeller



Ludwig Zeller, por Susana Wald

JOSE MIGUEL OVIEDO*

Que los lectores hispanoamericanos no sepan todavía quién es Ludwig Zeller, no conozcan su obra y no puedan hallarla en las antologías, no sólo se debe a que en nuestra literatura y nuestra crítica exista eso que los físicos llaman “huecos negros” (vacíos, precipicios, tierras incógnitas por las que nadie se atreve a transitar por pereza intelectual o por espíritu de capilla), sino consecuencia de la naturaleza misma de su creación: es de lo más intransigente, perturbador y anómalo que conozco; ni siquiera estoy seguro de que pertenezca a la literatura (y al arte) de Hispanoamérica, aunque él haya nacido en Chile y su actividad haya estado vinculada a ciertos grupos y escritores chilenos. “Conozco y echo de menos muchos aspectos de Chile

*Este trabajo lo escribió J.M. Oviedo para *Uno más uno*, de México, y servirá de prólogo para el próximo libro de Ludwig Zeller, una antología que llevará por título *Cabeza de mármol y otros poemas*. José Miguel Oviedo es peruano nacido en Lima. Crítico, ensayista y profesor de literatura, ha enseñado en universidades de su país, Inglaterra y Estados Unidos. Actualmente es profesor en el Departamento de Español y Portugués de la Universidad de California en Los Angeles. Es autor de *Genio y figura de Ricardo Palma* (Buenos Aires, 1964); *Narradores peruanos* (Caracas, 1968); *Estos Trece* (Lima, 1973) y *Mario Vargas Llosa: la invención de una realidad*, su obra más importante.

(escribe), pero no siento ningún fervor por el nacionalismo. Desenterrando momias precolombinas, he visto que los países no existen"; pero, a la vez, contradictoriamente, admite que "si hay algo esencial en mí es el hecho de que soy un hispanoamericano, para bien o para mal, un exiliado voluntario de todo y de todos, lo que me permite retornar a mi verdadero centro, la soledad de la cual he comenzado". Ese retorno a sí mismo, que da sentido a una obra de extrañeza radical, es posible gracias a la asunción de una patria internacional y sin fronteras: la del lenguaje surrealista.

De los tres grandes polos del surrealismo en Hispanoamérica —México en el norte, Argentina y Chile en el sur— es en este último donde el espíritu del movimiento ha sido más durable e intenso. Como señala Stefan Baciú, "en Chile, como en ningún otro país del Continente, el surrealismo consiguió desarrollarse e imponerse hasta el punto de dominar el ambiente a través de un reducido pero sumamente dinámico grupo de poetas y artistas", y esto "no sólo por el número y la calidad de sus manifestaciones, sino... por una constancia que ultrapasa el tiempo, relativamente escaso, de dicha actividad". Conocemos a sus figuras mayores: Braulio Arenas, Teófilo Cid, Enrique Gómez-Correa, Jorge Cáceres; entre sus antecesores ilustres a Rosamel del Valle y Humberto Díaz-Casanueva; entre sus epígonos al vibrante Gonzalo Rojas, que todavía seguimos redescubriendo —sin olvidar, en la plástica, la presencia de Roberto Matta. Recordamos también el nombre de *Mandrágora*, el grupo, la revista y el núcleo generador que otorga consistencia a sus búsquedas personales y que reinterpreta el mensaje de Breton a la luz de la peculiar circunstancia chilena. El de Ludwig Zeller es, en cambio, un nombre elusivo, prácticamente inexistente, marginado de los recuentos histórico-literarios o del interés crítico general. No he encontrado su poesía en ninguna antología de la poesía hispanoamericana contemporánea: no la recoge Aldo Pellegrini —cabeza del surrealismo argentino— en su *Antología de la poesía viva latinoamericana* (1966), pese a que *Las reglas del juego* de Zeller apareció en 1964; ni tampoco figura en la reciente *Antología de la poesía surrealista latinoamericana* (1974) de Stefan Baciú, aunque el autor lo menciona (pp. 89 y 119) entre los herederos de *Mandrágora* y del surrealismo. Así, la obra de Ludwig Zeller sigue siendo remota y casi secreta.

Conocí primero, hace años, sus *collages*, sin saber bien quién era ese artista de nombre tan extranjero que los firmaba; ilustraban magníficamente un libro admirable del que pocos se acuerdan: *Sol de lenguas* (1969) de Humberto Díaz-Casanueva. Se lo mencioné, en New York, al propio Díaz-Casanueva, a quien acababa de conocer de manera un poco casual pero inmediatamente entrañable. Había leído recién en el último número de

Review un breve artículo de Anna Balakian, la estudiosa del surrealismo, sobre la obra poética de Zeller y una entrevista al autor realizada por Alex Zisman. También había visto su nombre, aquí y allá, perdido en una constelación de artistas de todas partes del mundo, en algunos manifiestos, revistas y exposiciones surrealistas de estos últimos años, pero eso era todo lo que sabía de él. Reavivado mi entusiasmo por los nuevos collages que aparecían en *Review*, le pedí a Díaz-Casanueva las señas de Zeller; lo hice sin demasiadas esperanzas: ¿contestaría acaso desde su apartado exilio canadiense la carta de un desconocido? No llegué a escribirla; una semana después, Díaz-Casanueva me traía una sorpresa: un gran paquete, repleto de libros y cuadernos poéticos y de *collages* originales de Zeller o publicados por él en Canadá, que le había enviado para satisfacer mi curiosidad.

Ahora sé algo más del desconocido, siquiera lo suficiente como para intentar estas líneas. “Nací (recuerda Zeller) en 1927, en Río Loa, un pueblito en el interior del desierto de Atacama, en Chile. Desde lo más alto de la meseta en la que estaba situada nuestra casa, podíamos ver a la distancia varios volcanes; el suelo por el que hacíamos las incursiones de la niñez estaba totalmente cubierto por miles de piedras a las que llamaban ‘el pavimento del desierto’ y eran, realmente, los restos de una vasta, antigua y milenaria erupción volcánica. La vegetación era muy escasa, apenas había unos cuantos oasis internándose en la planicie, o a lo largo de las orillas del río que en algunos de sus tramos corría por una hondonada y, en otros, bajo tierra. En este paisaje transcurrió mi infancia”. Su padre, un emigrado alemán, había llegado a Chile como ingeniero químico. “Mi padre manufacturaba dinamita, yo escribo poesía. En cierto modo creo que nuestra labor es una y la misma”. Su afición artística se manifestó, en rebeldía, en el Instituto Pedagógico de Santiago donde estudió un tiempo. Luego vino la larga etapa —duró unos quince años— en la que trabajó como asesor artístico del Ministerio de Educación, enseñando y haciendo difusión con gente joven o sin formación previa, estimulando su libre expresión y aprendiendo a la vez de ellos. A fines de la década del 50 establece contacto con el grupo surrealista de Breton, lo que le sirve para orientar (mejor: para confirmar) sus búsquedas. Su relación con el grupo local *Mandrágora* había sido algo conflictiva, por causas que Zeller atribuye mayormente a las diferencias de edad. Pero cuando el grupo se disolvió, esa relación mejoró mucho y fue provechosa, especialmente su amistad con Enrique Gómez-Correa y su devoción por Jorge Cáceres. Es muy posible que la experiencia de Gómez-Correa en el Hospital Psiquiátrico (de la que es testimonio su libro *Sociología de la locura*), haya impulsado a Zeller, al comenzar los años 60, a trabajar en el Centro de Medicina Antropológica de la Universidad de

Chile, para estudiar algunos aspectos relativos a los problemas del lenguaje de los enfermos mentales. Zeller, que durante muchos años había estado investigando y tomando notas sobre sus propias experiencias oníricas, escribió en el Centro poemas, realizó experimentos de sueños dirigidos y grabó numerosas entrevistas con esquizofrénicos. De esta misma época data también la organización y la actividad del grupo de Zeller denominado *Casa de la Luna*, que tenía su propia imprenta con la que difundió obras suyas, de su esposa la artista Susana Wald, de Díaz-Casanueva, Rosamel del Valle y otros. En los 70, desalentado por la excesiva politización del ambiente chileno ("no soy un animal político"), se exilió en Canadá "con un par de valijas, un niño pequeño, mi mujer y un inmenso baúl lleno de papeles recortados". Su actividad surrealista en Toronto ha sido muy intensa; en su editorial "Oasis" ha publicado, frecuentemente en ediciones trilingües, por lo menos catorce libros de poesía propios y ajenos, o series de *collages*, ha participado en varios homenajes y muestras surrealistas, ha seguido explorando los laberintos del sueño, la magia y el amor loco.

Zeller es autor hasta el momento de unos seis libros de poesía¹; sólo conozco tres de los últimos, publicados simultáneamente en Toronto y París: el largo poema erótico *Mujer en sueño* (1975); *A Aloyse* (1976), un poema compuesto en 1963 como resultado de sus trabajos con enfermos mentales (el uso de cuartetos evoca las fórmulas verbales que usan los pacientes para vencer sus tendencias esquizofrénicas); y *Cuando el animal de fondo sube la cabeza estalla* (1976), sin duda el libro más importante de todos. Los dos primeros títulos (igual que algunas de sus colecciones de dibujos como *Mirages*) son, en realidad, fruto de su estrecha colaboración con Susana Wald, una artista por derecho propio cuyas imágenes ilustran los poemas o complementan los *collages* de Zeller con una definida densidad erótica. Dobles lenguajes (Zeller-Wald, poemas-*collages*, español-inglés) que se hacen uno, indisoluble; a veces no sabemos si los dibujos ilustran los textos o al revés, como en *Cuando el animal de fondo...*: el propio Zeller anota que "varios de los collages son simultáneos a los poemas que los acompañan".

Use la expresión escrita o la visual, trabaje solo o en colaboración, el mundo de Zeller es inconfundible y maravillosamente aterrador: el que crea una imaginación en estado salvaje, que todavía vaga por el desierto, brutal y ansioso como el hombre primitivo, soñando pesadillas de horror helado y ritual, copulando con mujeres que son peces, que son monstruos, que son vísceras abiertas. Su obra suele tener la fuerza irresistible de la locura, la

¹Ahora los libros suman diez.

condición cósmica y hostil de la naturaleza tal como la imaginaron los románticos alemanes, Poe, Lautréamont, Max Ernst. No hay piedad ni amparo en este mundo violento: es el exceso puro abrumando con su crueldad insensata la desastrosa aventura humana; fastuosas y opresivas a la vez, sus imágenes evocan constantemente un reino subterráneo, húmedo y lunar por cuyas nocturnas galerías sólo podemos deambular sin ver nunca la luz. En un texto adecuadamente titulado *Pared continua* se lee: "Caído en una trampa me interrogo. No hay luz./ En lo alto pasan nubes arrastrando raíces"; y más secamente en *Distracción ontológica* declara: "La vida es sólo un tubo sin remedio./ Entrar aquí da a todos el derecho de mirar la injusticia".

En las páginas que preceden *Mirages* hay unas notas autobiográficas de Zeller y otras, imaginarias, de un tal "Rellez Giwdul". Estas comienzan: "Me gustaría haber nacido en Tasmania, ser un pastor de animales desconocidos, tales como el tapir azul de cuatro ojos, la anguila dorada, cuyos pechos crecen como cúpulas en la época de celo". Las del "verdadero" Zeller terminan así: "¿Qué es real? ¿Qué es imaginario? La mitad de nuestra vida la vivimos en sueños". Creo que esto prueba la apasionada identificación del autor con el surrealismo y la autenticidad de su extravío en lo más secreto, lo más animal, lo más sagrado de la experiencia humana.